

La agenda política del siglo XXI



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

Una de las tendencias más remarcadas que se constatan en estos momentos en sociedades como la española es la dualidad existente entre las percepciones y demandas sociopolíticas de la mayoría de la población y el discurrir de la vida política oficial. Muchas personas piensan que la agenda política de los partidos, del Parlamento, del Gobierno, etc., se centra en cuestiones y problemas que no son los *suyos*, los de los ciudadanos de la calle, sino básicamente los de aquellos que se dedican a la política o a la comunicación.

Así, mientras los ciudadanos están cada vez más inquietos por la evolución negativa de la economía, por el deterioro del empleo, por los recortes sociales y, en definitiva, por lo que todo esto implica de pérdida de calidad de vida y de acentuación de las incertidumbres, en cambio la información política cotidiana que a ellos les llega está dominada por conflictos semánticos, a veces confusos, por errores que se comenten recíprocamente, por decires y desdecires –las más de las veces de carácter personal–, por asuntos turbios y debates sucesorios –reales o forzados–, así como por peleas intrapartidarias, que el común de los mortales no llega a entender muy bien.

Dualizaciones político-comunicacionales

La impresión que a veces se tiene es que los “políticos” –expresión desafortunada– hablan de *sus* problemas y no de los problemas de *ellos*, de los ciudadanos. Esta apreciación en ocasiones es un tanto injusta e inapropiada, pero lo cierto es que se trata de una imagen cristalizada, que muchas veces nace de la propia manera en la que los medios de comunicación informan sobre la actividad política. Información que en su mayor parte intenta destacar aquello que es más llamativo, e incluso más chirriante y conflictivo, en la medida que se entiende que las rutinas de lo cotidiano y las propuestas y trabajos de detalle son demasiado aburridos y poco “noticiables”.

De esta manera, los que se dedican a informar sobre la política y los propios representantes políticos han

acabado creando un “microcosmos” propio –y sesgado– que se retroalimenta por partida doble, ya que, a partir de tales reglas de juego, los que quieren hacerse presentes en los medios de comunicación ya saben lo que tienen que hacer si quieren “figurar”: procurar ser chirriantes, e incluso tan impertinentes y exagerados como sea necesario hasta que se fijen en ellos. A esta *exigencia* mediática, un ex Presidente de una Comunidad Autónoma lo llamó en un libro de memorias: “Rom-



piendo cristales”.

La consecuencia está siendo que la política cada vez interesa a menos personas y en menor grado, al tiempo que, como suele ocurrir con las “profecías que se cumplen a sí mismas”, el propio deterioro de la política empieza a aparecer en las Encuestas como uno de los principales problemas de España, aunque a gran distancia, lógicamente, de los dos asuntos críticos del momento: el paro, en primer lugar, y la crisis económica, en segundo.

Crisis de confianza

Tal como está evolucionando la situación y las opiniones no es extraño, pues, que estemos asistiendo a

una pérdida creciente de la confianza que se tiene en las principales instituciones políticas, tal como pone de relieve el *Estudio sobre Tendencias Políticas y Electorales* que se incluye en este número de *Temas* (Vid. gráfico 3 del dossier en las páginas centrales).

Así, hace poco tiempo —en 2004— la confianza que los españoles tenían en los partidos políticos merecía un 3,8 sobre 10, es decir, una puntuación bastante baja. Pero el problema es que en 2012 ha disminuido a sólo un 2,5. Igual ha ocurrido con los sindicatos, que han retrocedido de un escuálido 3,9 en 2004 a un 2,6 en 2012, sucediendo algo similar con el Gobierno (que baja del 4,6 al 2,5) y con el Parlamento (que retrocede del 4,6 al 2,7).

Para atajar una dinámica como esta, que puede conducir a un punto verdaderamente crítico para la propia operatividad de la democracia como tal, hay que actuar

La creciente dualización que se está dando entre las inquietudes y necesidades de la mayoría de los ciudadanos y el devenir interno de la política, tal como ésta se refleja en los medios de comunicación, exige plantear una nueva agenda que permita situar a la política en el campo de lo real y necesario.

sobre varios frentes, entre ellos el que concierne a la misma presentación de la vida política en los medios de comunicación social. Y, desde luego, hay que mejorar el funcionamiento de los partidos políticos, con el correspondiente cambio en los patrones de comportamiento y trabajo de muchos de los que desempeñan funciones de representación y liderazgo. En este sentido, las exigencias de rigor y de mayor implicación-representación interna son inexcusables y urgentes.

Pero, sobre todo, para modificar el curso de la dualización que aquí estamos señalando, lo prioritario es cambiar la actual agenda política y lograr que esta pueda llegar a los ciudadanos de una manera más nítida, directa y veraz. ¡Y, por lo tanto, con mayor proximidad a sus demandas, sensibilidades y necesidades!

La nueva agenda política socialdemócrata

Lo fundamental en la nueva agenda política que ahora se necesita es que los debates y las propuestas se centren en los principales problemas y retos que las sociedades tienen por delante en estos momentos. Retos que no son pequeños ni fáciles, en la medida que nos

encontramos ante una encrucijada histórica, en unos momentos en los que buena parte de las características de las sociedades industriales clásicas están transformándose vertiginosamente y dando lugar a un nuevo tipo de sociedades, con diferentes problemas, contradicciones, carencias y necesidades. Lo cual exige análisis distintos y cambios de óptica política en muchos aspectos.

Entre los problemas y retos que deben ser considerados en la nueva agenda política que hay que fijar prevalentemente, y de manera bien estructurada y trabada —con sentido y propósito— están cuestiones y exigencias tan centrales como: la lucha contra la reducción de las grandes carencias y desigualdades económicas y sociales; la solución a la crisis del trabajo (como empleo y como función); hacer frente a los problemas de la superpoblación y al deterioro del medio ambiente (cuyos

efectos han empezado a dar la cara de manera crítica); buscar alternativas a los actuales límites y desacoples del Estado-nación en la era de la globalización y de los riesgos; perfeccionar y mejorar la funcionalidad actual de la democracia, como única vía para superar las tendencias actuales de desafección y de crítica sistémica; hacer frente a los problemas que suscita el aumento de la exclusión social, la pobreza y la marginación; buscar urgentemente alternativas energéticas limpias al agotamiento (y contaminación) de los recursos energéticos fósiles; y, en definitiva, plantear en serio los retos de los límites al crecimiento y la necesidad de nuevos modelos económicos, basados en un crecimiento interregional coordinado y armonizado.

Es decir, se trata de un conjunto de problemas, y de una agenda política apremiante y de considerable entidad, en la que todos nos jugamos mucho, y que exige un esfuerzo general orientado a situar la política actual —y su imagen— en el campo de lo real y lo necesario.

En este sentido, somos bastantes los que pensamos que los grandes partidos políticos deberían realizar un esfuerzo similar al que supuso en su día el Programa 2000 del PSOE, para que tales asuntos puedan abordarse y debatirse con la suficiente profundidad y detalle, con la participación de muchos ciudadanos que están interesados en implicarse directamente en la definición de las grandes soluciones y alternativas del futuro. De su futuro. Lo cual sería una forma de empezar a construir congruente e implicativamente el porvenir que una sociedad madura y seria se merece, y necesita. **TEMAS**